La modernidad interrumpida:La arquitectura española de la postguerra

Hasta el principio de la Guerra se entreveía la modernidad.

Aceptado ya el término de "arquitectura de la Segunda República" (cfr. Domenech Girbau, 1968, pp. 21 y ss.) que fue muy debatido durante mucho tiempo (vid. las palabras de Secundino Zuazo: *¿Como van ustedes a hablar de arquitectura de la República si precisamente durante aquellos años no se construyó nada en España? No recuerdo otro periodo de mayor recesión económica. Nadie nos encargaba ni un maldito chalet* (Bohigas, 1970 p. 7) hoy parece difícil discutir el papel preponderante que, durante ese periodo de tiempo, jugaron los arquitectos y la arquitectura españoles en la adopción de un lenguaje moderno, y en el compromiso ideológico que ello suponía (el exilio de buena parte de ellos –vid. Anexo 1-(Urrutia, 1997: 28. Bohigas: 114) y el discurrir arquitectónico en la inmediata posguerra confirmarán, caso de que fuera necesario, esa aseveración).

Ciertamente esa época y sus protagonistas tuvieron una gran significación que podemos desgranar en algunos hechos fundamentales, a saber:

-El papel de la paradigmática (y muy influida por la Exposición Internacional de Artes Decorativas e Industriales de París, de 1925), "generación del 25" (en la que destacaban, entre muchos otros, Bergamín, Fernandez Shaw, Mercadal, Arniches o Gutierrez Soto), y su participación en el proyecto de la Ciudad Universitaria (intento de "oficializar" por parte de la república, no lo olvidemos, las actitudes progresistas y de vanguardia de esa generación de arquitectos.

-La exposición Internacional de Barcelona de 1929, con un icono del movimiento moderno como el pabellón de Mies van der Rohe.

-La obra de arquitectos como Secundino Zuazo y las iniciativas personales de Josep Lluis Sert y García Mercadal (entre las que no fueron las menos importantes las visitas organizadas por el segundo a la Residencia de Estudiantes de Madrid de personalidades como Le Corbusier, Gropius o Van Doesburg), que eventualmente se acabarían convirtiendo en el GATCPAC y el GATEPAC (1930) con su órgano de

difusión la revista A.C. (Documentos de Actividad Contemporánea) (Solá-Morales, 1975: 31 y ss.).

Estos hechos son, sin duda, indicativos más que suficientes para entender que en esos años, la arquitectura española, como muy bien señala Bohigas, se estaba acercando a la modernidad

> *Los años de la segunda República representaron uno de los más ambiciosos proyectos de renovación política para España. Durante un tiempo se creyó realmente en la posibilidad de transformar las estructuras de un país anquilosado y encauzarlo de un modo definitivo en las sendas de la modernidad, el liberalismo y la revolución social. Naturalmente, también los arquitectos quisieron participar en esa aspiración colectiva que soñaba con el advenimiento de una nueva sociedad. Así, el trabajo de la generación de arquitectos de finales de los años veinte y treinta se caracterizó por una actitud progresista que imitaba los símbolos del avance tecnológico, por la eliminación de ornamentos superfluos y por la búsqueda de un funcionalismo racionalista* (Bohigas, 1998: 11).

Para reforzar este punto asomémonos un poco entre las construcciones más destacadas de ese momento, entre las que es inevitable referirse a la desaparecida gasolinera Porto Pí (1927), de Casto Fernández Shaw . Obra de concreto, terminada en apenas 50 dias, que coloca a su autor en coordenadas similares a Garnier o Sant´Elia, como manifiesto del ímpetu de la vida moderna.

Estación de Servicio “Petroleos Porto Pí” (actual Estación e Servicio Gesa, S.L.), 1927	Central térmica de Ciudad Universitaria, 1932, Manuel Sánchez Arcas, Madrid

El Rincón de Goya (1926-8) de Fernando García Mercadal, encargado para el centenario de la muerte del pintor, rompió la idea de monumento conmemorativo decimonónico (grupos escultóricos alrededor de la figura del pintor), sustituyéndola por un lecorbuseriano pabellón abierto a un jardín que integraba biblioteca y sala de exposiciones (Buil Guallar, 2003: 13-18). Para muchos se trata del primer edificio racionalista en España.

Como decíamos antes, las obras de Ciudad Universitaria fueron fundamentales, y entre ellas, por su relación con la vanguardia internacional tal vez podríamos destacar la desaparecida Fundación Del Amo (1928-30), de Rafael Bergamín; la facultad de Filosofía y Letras (1932-35), de Agustín Aguirre, quizá uno de los emblemas arquitectónicos de los afanes educativos de la II República (González-Cárceles, 2008: 64); y el pequeño, pero en mi opinión personal, el quizá más vanguardista de todos, edificio de la Central Térmica (1933) de Manuel Sánchez Arcas y Eduardo Torroja, con limpios lienzos de ladrillo y ventanas rasgadas característicos de la escuela holandesa (Bohigas, 1970: 23).

En este apuntar del racionalismo en España, no podríamos dejar de referirnos al Plan de Extensión de la Castellana en Madrid de Zuazo y Jansen (1929), que acabaría definiendo el crecimiento futuro de la capital.

Hay que mencionar también, la colonia El Viso de Bergamín (1933-6), en la que según el propio arquitecto, se hizo "una arquitectura simple, muy cúbica, quizá inspirada en las casas que habíamos visto en Alemania y Holanda, un poco seca, pero que yo esperaba compensar con los distintos colores con que se pintaron las fachadas de los diferentes bloques" (*Revista de Arquitectura*, mayo 1967).

En el edificio Carrión de Feduchi y Eced (1931-33), para muchos el aldabonazo original de la modernidad en Madrid, parece evidente que se aúnan, por una parte, las influencias de la arquitectura expresionista (uno querría pensar que fundamentalmente de Mendelsohn). Destacan igualmente, por otro lado, algunos ribetes de *art-deco,* y la clara influencia neoyorquina (habría que decir que estos últimos eran elementos no demasiado apreciados por la nueva “ortodoxia” impuesta por el GATEPAC

y A.C.).

Y, finalmente, no podríamos echar en saco roto las lecciones estructurales del maestro Eduardo Torroja, en toda su obra pero, tal vez, especialmente la tribuna diseñada para el Hipódromo de la Zarzuela, en equipo con Arniches y Domínguez (1935-6) en la que se unen eficacia y sinceridad estructural con un extraordinario logro estético, sin duda a la altura de las mejores realizaciones de los treinta en Europa.

El canto del cisne: el pabellón de Sert en Paris (1937).

A pesar de ese despliegue de incipiente modernidad, en el periodo inmediatamente anterior al inicio de la Guerra Civil, uno pensaría que, tras el levantamiento militar del 18 de julio de 1936, cualquier actividad arquitectónica hubiera debido ser cancelada. Ello fue casi completamente cierto, (aunque en Cataluña, la actividad se prolongó, incluso en el periodo bélico), ya que como el resto de los españoles, los arquitectos se encontraron entre ambos bandos, se exiliaron, o, incluso, murieron en las hostilidades.

Existe una obra que, sin embargo, constituye el auténtico canto del cisne de la modernidad arquitectónica amparada por esta renovación que hemos visto antes: el Pabellón de España (la España, no lo olvidemos, legalmente constituida por la Segunda República), para la Exposición Internacional de París de 1937, construido por Josep Lluís Sert y Luis Lacasa, manifiesto dramático de la situación histórica por la que atravesaba el país en ese momento.

Elementos prefabricados, funcionalidad y racionalidad, plantas libres enlazadas con escaleras y rampas y la negación de cualquier ornamento definían un edificio que constituyó un enorme éxito de crítica, a lo que contribuyó entre otras cosas, el hecho de que albergara piezas tan señeras como la magnífica *El pueblo español tiene un camino que conduce a una estrella* de Alberto Sánchez, y, por supuesto, el famosísimo *Guernica.*

Sin embargo, en muchos sentidos, la suerte estaba echada, y, en palabras de Oriol Bohigas, "la pérdida de la guerra significó la liquidación de toda la vanguardia y el aniquilamiento del grupo, perdido en los exilios y las deserciones internas" (Bohigas, 1970: 181).

Los edificios del nuevo gobierno: ¿la modernidad interrumpida?

Como se ha dicho en muchas ocasiones, mucho era lo que había que reconstruir tras el final de la guerra en 1939, y escasas eran, las posibilidades de hacerlo. Efectivamente, no sólo las filas diezmadas de los arquitectos constituían un problema, sino que además los problemas materiales eran acuciantes (la ausencia de producción de metales y concreto era casi absoluta).

Sin embargo, achacar a esas circunstancias (como ha ocurrido algunas veces), edificios como los gobiernos civiles que surgieron con rapidez por todas las provincias españoles, o el Ministerio del Aire de Luis Gutiérrez Soto (que fue ferviente partidario de una arquitectura española moderna basada en la tradición y llegó incluso a tildar la arquitectura moderna como apátrida, que cual nuevo Alcázar inaugurará la forma que el régimen franquista tenía de concebir su capital, constituiría incluso una ironía, dado el gigantismo de esas construcciones.

Desde luego, como menciona Bozal, sólo consideraciones ideológicas, ora negativas, como la estrecha identificación de la arquitectura moderna, como con el resto de las manifestaciones artísticas de vanguardia, con la Segunda República, es sin duda uno de los motivos para que se la combata con dureza en el franquismo; ora positivas, como la imagen que el Regimen tenía de sí mismo y/o intentaba proyectar, y de sus referentes contemporáneos e históricos, pueden explicar esos programas constructivos dada la inanición económica de la inmediata posguerra (Bozal,1976: 66).

En cuanto a los modelos de la inspiración de los arquitectos de ese momento, como decíamos antes, sólo la influencia de los regímenes políticos afines en esa época en Europa (el *Heitmatstil* de Albert Speer –hay que recordar la celebración de la Exposición en Madrid *La nueva arquitectura alemana*, en 1942-, o los proyectos de Marcello Piacentini en la Roma fascista –conocidos a través del número monográfico "La Roma del futuro", de la Revista Nacional de Arquitectura, núm. 8, 1941-), o el deseo de la recuperación de viejas glorias hispánicas puede explicar este repentino *revival* que, desde luego, hacía presagiar un futuro cercano muy negro a las manifestaciones arquitectónicas de la modernidad.

Parecía que a los "inflamados espíritus nacionales" de la posguerra, se les hacía sencilla la indagación sobre un "estilo propio". Citemos a título de ejemplo las declaraciones de Luis Gutiérrez Soto:

Durante los tres años de duración de nuestro Movimiento Nacional, este sentimiento nacionalista fue incrementándose, hasta culminar en la más bella exaltación de nuestros sentimientos históricos y tradicionales. En la guerra volvimos a conocer nuevamente España, en sus campos de batalla, en el andar de sus caminos, en el dramatismo y belleza de sus pueblos y de sus iglesias castellanas, y sentimos más que nunca todo el peso y la gloria de una tradición y una historia que, por desgracia casi habíamos olvidado. Lógicamente al final de nuestra guerra a la hora de la reconstrucción este sentimiento nacionalista y tradicionalista se impuso a toda otra consideración; dos tendencias marcan este periodo, una se apoya en las tradiciones populares y regionales, en la reconstrucción de pueblos destruidos y otra, que inspirándose en la arquitectura de los Austrias y Villanueva, y en el Escorial como precursor de una sencillez, ha de marcar el camino de una arquitectura estatal netamente española, expresión exacta del sentimiento espiritual y político de la nación (…) porque a fuerza de ser sinceros, sentimos como un poder obsesionante de hacer una arquitectura "asi" a la española, en abierto contraste con aquella otra que nuestros sentimientos (…) consideraron falsa y apátrida (Fernández Alba, 1972: 126).

Ministerio del Aire, 1942-1951, Luis Gutiérrez Soto, C./ Princesa, 87, Madrid

Arco de Triunfo de Moncloa, 1946-1955, Ramón de Arregui, Av./ Arco de la Victoria s/n, Madrid.

Otros edificios madrileños que se insertan en ese discurso

visual, que será conocido como la Cornisa Imperial del Manzanares, serán el Arco de Triunfo de la Moncloa o el Museo de América. Aunque no en esa zona de la ciudad, no podemos olvidar tampoco el discurso político de la fachada del edificio principal del CSIC, construido por Miguel Fisac desde 1944 (tengo para mi que, arquitectónicamente hablando, la nueva institución planteaba la superación mediante su peculiar imagen de los modelos de la Ciudad Universitaria). serán el Arco de Triunfo de Moncloa

Pero sin duda, el edificio más representativo de este momento, es el complejo del *Valle de los Caidos* (1942-59, Valle de Cuelgamuros, San Lorenzo de El Escorial, Madrid), la obra más fuertemente impregnada de este ambiente inflamado de asunción de un espíritu triunfante, construida para

> *perpetuar la memoria de los caídos de nuestra gloriosa Cruzada […] La dimensión de nuestra Cruzada, los heroicos sacrificios que la Victoria encierra y la trascendencia que ha tenido para el futuro de España esta epopeya, no pueden quedar perpetuados por los sencillos monumentos con los que suelen conmemorarse en villas y ciudades los hechos salientes de nuestra historia y los episodios gloriosos de sus hijos* (Decreto de 1 de abril de 1940, "disponiendo se alcen Basílica, Monasterio y Cuartel de Juventudes, en la finca situada en las vertientes de la Sierra de Guadarrama (El Escorial), conocida por Cuelgamuros, para perpetuar la memoria de los caídos de nuestra gloriosa Cruzada").

Esta suma de circunstancias la convierten en una construcción siempre dificil de abordar de manera neutral pero imposible de no citar cuando nos referimos al periodo. Proyecto favorecido especialmente por Franco, este se lo asignó a su Director General de Arquitectura, Pedro Muguruza. La cueva ya se comienza a perforar en 1942, y el concurso para la cruz se falla al año siguiente. Cuando Muguruza cae enfermo en 1949, la obra pasará a Diego Méndez, quien la finalizará en 1959 (mil ciento cincuenta y nueve millones de pesetas de la época). Se trataba, sin duda, como ha comentado Urrutia, del "reflejo de una pasión por una idea hecha prevalecer" (Urrutia, 1997: 243).

La ruina y la reconstrucción de las regiones devastadas como propaganda

política.

La inexorable necesidad de la reconstrucción de una España destrozada durante la guerra (más de ciento noventa ciudades y pueblos se declaraban como "semidestruidas" en 1939), se entrelazó de manera indisoluble con la utilización política de determinados edificios representativos de hechos heroicos asociados al Alzamiento Nacional, que serán exaltados bien mediante su reconstrucción, bien mediante su conservación en estado de ruina como *memento.* No podemos disociar ese hecho de sus precedentes políticos como son la creación de la Dirección General de Regiones Devastadas en 1939, o la aparición de su órgano oficial: la Revista *Reconstrucción* cuyo primer número saldrá en 1940 (véase al respecto, el artículo de López Díaz, 2003).

En ese orden de cosas destacan ejemplos como el Alcázar de Toledo, el Santuario de la Virgen de la Cabeza, la propia Ciudad Universitaria, Belchite o Brunete. Todos ellos escenarios de la Gloriosa Cruzada Nacional, en la que se desarrollaron episodios bélicos de particular resonancia para la construcción del imaginario heroico del bando vencedor.

Así por ejemplo, el Alcázar de Toledo se convirtió en el recuerdo permanente de su asedio a la guarnicion nacionalista que se encontraba sitiada por las milicias republicanas. La resistencia de la guarnicion se convirtió en el gran simbolo del heroismo nacionalista. A lo largo de la guerra, y mas tarde, durante muchos años, se acepto la historia en la versión difundida por los simpatizantes de la causa nacionalista que afirmaba que el 23 de julio, el jefe de las milicias republicanas había llamado por teléfono al coronel Moscardó, comandante de la plaza para decirle que, si no se rendía, su hijo seria ejecutado. Casi con toda seguridad la historia es apócrifa, ya que parece que el hijo de Moscardó murió el 23 de agosto (un mes más tarde) ejecutado junto a otros presos como represalia por un bombardeo nacionalista. Además la leyenda propagada por los nacionales presenta una sospechosa semejanza con la leyenda de Guzmán el Bueno, que sacrifico valerosamente la vida de su hijo durante el sitio de Tarifa por los árabes, en el siglo XIII.

Los poblados de colonización.

Otro de los elementos a tener en consideración que tiene que ver tanto con criterios políticos (recuperación de lo *rural-popular*,

impregnación ideológica de los “viejos valores: patria y religión” propugnados por el nuevo orden), como con criterios económico-demográficos, fueron los proyectos de *Arquitectura en regiones devastadas* y los conocidos como los poblados de colonización, propulsados en este caso por el Instituto Nacional de Colonización, creado en 1941.

La jerarquía de estos proyectos de nueva planta será clara: iglesia, ayuntamiento y casa sindical son los edificios rectores de cualquiera de estos nuevos poblados, en los que se buscan urbanismos organicistas de tradición histórica (reformismo del XVIII), conjuntados con esas necesidades ideológicas. Eso llevará en muchas ocasiones a un pastiche entre regionalista y folklórico que sólo será superado a fines de la década de los cuarenta y principios de los cincuenta.

Vegaviana (Cáceres), 1954-58, José Luis Fernández del Amo.

En ese momento, estos poblados, que no eran muy costosos, dados los materiales y técnicas artesanales y/o vernáculos, empezarán a ver empleados en su planeación, criterios racionalistas y materiales más modernos. A partir de entonces, estos poblados serán, irónicamente y en función de esos criterios antes citados, uno de los focos en los que una incipiente modernidad podrá ser comenzada a incubar, sin levantar sospechas ideológicas.

Figura fundamental en este terreno es la de José Luis Fernández Del Amo, quien ingresa en 1947 en el Instituto Nacional de Colonización, haciéndose merecedor a la medalla de oro de la VI Bienal de Arquitectura de Sao Paulo (con Niemeyer en el jurado), por sus más de

diez proyectos, entre los que destaca sobre todo Vegaviana (Cáceres) en 1954-58. Es también muy importante la obra primera de Alejandro de la Sota en Esquivel (Sevilla) en 1948-52.

¿El fin de la autarquía=el fin de la interrupción de la modernidad?

Aunque, tradicionalmente, se ha venido asumiendo que a principios de los cincuenta, con el abandono de la política autárquica del regimen franquista y la apertura internacional, España se incorporó, si bien es cierto que progresivamente, a la modernidad; no es menos cierto, que al menos en el caso de la arquitectura, esta severa interrupción de al menos un decenio, presentaba en ese momento señales de no haber terminado todavía, como pone de manifiesto claramente el edificio de Sindicatos de Madrid, increíblemente defendido por algunos como paradigma de modernidad de los cincuenta (Preckler, 2003: 581), pero que evidentemente, al menos para nosotros, prolongaba en el tiempo el planteamiento ideológico colosal de los Nuevos Ministerios de Secundino Zuazo.

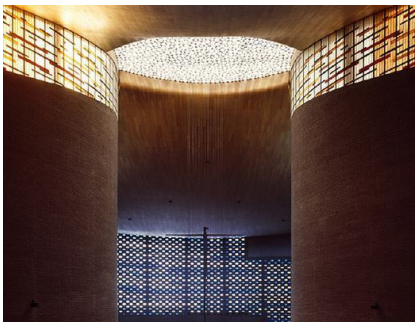
En cualquier caso, era meramente un problema de tiempo el que algunas iniciativas hicieran cristalizar la, en palabras de Emilio Giménez, segunda modernidad de la arquitectura española de los cincuenta (Giménez, 2004: 227).

Entre estas iniciativas no podemos dejar de destacar propuestas como las del grupo R (integrado por Oriol Bohigas y Jose Antonio Coderch entre otros) fundado en 1951 en clara imitación de lo que había ocurrido con el más famoso grupo de ruptura del arte español de la época, el barcelonés *Dau al set* (1948).

Por supuesto, hay que referirse también a obras como el Gobierno Civil de Tarragona, del arquitecto De la Sota (1956-63), quizá primera aceptación del gobierno, aún reticente, de la arquitectura moderna. Masas cúbicas, rupturas y perforaciones no jerárquicas y asimétricas, recuerdos del neoplasticismo holandés y del constructivismo abstracto, pero también lejanos resabios de Loos, definen esta obra que nos permite ya hablar de una auténtica ruptura.

El pabellón de los Hexágonos (Exposición Universal de Bruselas, 1958) de José Antonio Corrales y Ramón Vázquez Mozelún, representó a España en el extranjero lo cual no era una cosa baladí, si pensamos en el antecedente de 1937. Que la retículada estructura metálica, el

cerramiento acristalado y algunos muros de ladrillo, que definían la propuesta, fueran considerados dignos de representar a la nación, parecía darle a la arquitectura moderna un status oficial.

		
Gobierno Civil de Tarragona, 1956-63, De la Sota	Pabellón de España en la Exposición Universal de Bruselas, 1958, de José Antonio Corrales y Ramón Vázquez Mozelún (hoy en la Casa de Campo de Madrid).	Iglesia del Teologado de San Pedro Mártir, 1955-60, Miguel Fisac, carretera A-1 km. 11, Alcobendas, (Madrid)

O, finalmente, la obra religiosa de Miguel Fisac, en la que se adelanta a las proposiciones del Concilio Vaticano II, y entre la que destacan sobremanera el Colegio de Dominicos de Arcas Reales, en Valladolid (1951-4) o el Teologado de San Pedro Mártir en Alcobendas, Madrid (1955-60). En la primera, en la ascensionalidad y la iluminación graduada de la iglesia se percibe ya un gran deseo de renovación. En la segunda el estudio sobre el espacio religioso de la iglesia convierte a Fisac, sin duda en el gran protagonista de la incorporación de la modernidad a la arquitectura religiosa española.

Ya para concluir, tengo para mí que la formulación de Giménez (esa "segunda" modernidad), constituiría la más clara muestra de una conciencia de interrupción temporal, pero también de una inevitable aceptación de la, por otra parte extremadamente tardía, concepción moderna de la arquitectura española.

ANEXO 1.- La suerte de los arquitectos

FALLECIDOS: Aizpurúa (fusilado por fuerzas republicanas), Torres Clavé (muerto por bombas nacionales)

INHABILITADOS TEMPORALMENTE O A PERPETUIDAD: (*Depuración*

político-social de arquitectos, Orden de 24 de febrero de 1940/BOE de 28 de febrero) Lacasa, Sanchez Arcas, Sert, Bergamín, Dominguez, Arnichez, Eced, García Mercadal, Zuazo

EXILIADOS: Bergamín, Capdevila, Bahamonte, Iñiguez, Amós, Fernández Salvador, Ortiz, Yarnoz (Venezuela); Bonet (Argentina); Domínguez (Cuba); Lacasa (Rusia); Sert (USA), Zuazo (Francia, luego Canarias); Escorsa, Pradal, Giner de los Rios (Francia); De la Mora, Rodríguez Ordaz, Tejero (Colombia); Rodríguez Arias, Zavala (Chile); Auñón, Azorín, Bertrán de Quintana, Benlliure, Bilbao, Blanch, Botella, Candela, Caridad, Coll, Detrell, Fernández Balbuena, Gay, Jara, Marco, Martí, Ramonet, Rivaud, Robles, Sáenz de la Calzada, Segarra (México) .